

to, lo que le permitió a Núñez declarar el 10 de septiembre que la constitución de 1863 "había cesado de existir", agregando a renglón seguido: "Bien pronto los pueblos se darán una nueva que satisfaga sus verdaderas necesidades y que consulte las inclinaciones de la gran mayoría del pueblo colombiano. Esa Constitución empezará invocando el nombre del Todopoderoso".



De esta manera, como comenta la autora, la Constitución de Rionegro "había llegado a un fin ignominioso, sacrificada por uno que se había comprometido a defenderla" (pág. 294). Y agrega en el párrafo subsiguiente: "Los acontecimientos de 1884-1885, sobre todo representaron una victoria para los conservadores, en particular para aquellos jefes del partido que habían abogado por la estrategia de colaborar con los independientes", por lo cual resultaba lógico que un Carlos Holguín, quien ya desde 1869 "había percibido la potencial eficiencia de tal estrategia", se convirtiera en una de las figuras prominentes del nuevo régimen. En cuanto toca a la suerte de los independientes, "tenían pocas razones para congratularse", pues aunque habían logrado algunos de sus propósitos, en realidad "habían preparado el camino para la restauración conservadora a costa de la disolución de su propio movimiento".

Los dos últimos capítulos —"En el papel del vencido" y "Camino a la revolución"— se consagran a resumir, en primer lugar, los acontecimientos que caracterizarían el proceso del movimiento de la "Regeneración", dirigido por Núñez y Miguel Antonio Caro, el cerebro de la constitución centralista de 1886 y a cuya candidatura a la vicepresidencia cinco años más tarde opondrán los conservadores antioqueños,

con el respaldo de un buen número de liberales, la de un patricio de la región, el general Marceliano Vélez, lo que se convertiría en una escaramuza de la división conservadora entre los así llamados "históricos" y "nacionales" (o "nacionalistas").

Al resultar elegido Caro, se convertiría en presidente en 1892, cuando Núñez se retiró a su quinta de "El Cabrero" en las afueras de Cartagena. Doctrinariamente era Caro el más encarnado enemigo de los liberales, que fueron excluidos por completo del gobierno y la administración pública y reprimidos con particular energía, lo que condujo a que después de 1895 el partido liberal "en forma inexorable" —como dice la autora— "se deslizó hacia la revuelta armada contra la Regeneración" (pág. 355, primera frase del último capítulo del libro).

RUBÉN JARAMILLO VÉLEZ
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional de Colombia

No apto para daltónicos

Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana, 1863-1899

Helen Delpar

Procultura, Santafé de Bogotá, 1994, 550 págs.

Las disensiones políticas en nuestro país tienen un sello particular: la lucha de los partidos liberal y conservador por ejercer el poder, y el arraigo popular, casi siempre regional, que tienen ellos. Todavía se cruzan los epítetos de "godo" y "cachiporro" en las contiendas electorales, y los liberales acuden a la masa popular contra la llamada oligarquía, o los conservadores acuden a la tradición católica para obtener el apoyo en las urnas.

La historia de los partidos, sin embargo, ha estado influenciada por las visiones partidistas, hasta el grado de llevar los orígenes hasta un punto que se pierde en el horizonte, cuando se escudriñan aspectos particulares de la vida

de los próceres, o se remontan las constituciones a las pugnas de la naciente república, o se vierte la tinta sobre períodos de la historia colonial.

Más de una antología conservadora menciona a la España de los Borbones como la fuente originaria de este cauce ideológico, pasando por otros, como Juan García del Río, el primer Mosquera, y, por supuesto, Simón Bolívar. Por otro lado, desde Indalecio Liévano Aguirre comenzamos a mirar del otro lado, en una revisión sistemática de Henao y Arrubla, a situar el liberalismo estatalista, igualador y arbitrista, en los virreyes que se opusieron a la Fronda santafereña o caucana.

Allí es trasladado el pedestal de Bolívar conservador en que lo situó Álvaro Gómez Hurtado a otro en el que aparece la figura cimera del Libertador apartado de las pretensiones del grupo interesado en sus privilegios gremiales y corporativos, para defender un Estado benefactor, de apoyo a los pobres y visionario de la nacionalidad, más que de los arraigos regionales.



Esta pugnacidad trasladada al campo de la historia ha impedido ver con profundidad los reales acontecimientos a la luz de una interpretación objetiva, fría, sin las pulsiones de la defensa partidaria e ideológica. Sin embargo, paso a paso se ha abierto una nueva sala de operaciones y el bisturí de los historiadores está más agudo para discernir los diferentes aspectos de la realidad histórica.

A este propósito han ayudado los historiadores norteamericanos, para los cuales la historia de Colombia tiene un rasgo particular, en la existencia obstinada del bipartidismo, cuyo parecido con su propio país presenta muchas convergencias, entre ellas una sucesión

ininterrumpida de gobernantes de un partido que se corta para dar lugar al otro, y establecer la cadena fatal de la bipolaridad partidista al nivel nacional.

Acá liberales y conservadores, allá republicanos y demócratas, han consolidado una autopista de dos calzadas que no siempre es recta, porque se cruzan y entrecruzan afinidades familiares, ideologías, estilos y actitudes de un partido al otro. No es extraño encontrar el partido de Lincoln, abolicionista y defensor de los intereses más progresistas, desplazándose a la vanguardia de los grandes intereses económicos y olvidado de los sindicatos o los negros, o al partido demócrata al lado de éstos ahora, cuando el siglo pasado lo veía en la defensa de la esclavitud.

En esta búsqueda los historiadores norteamericanos han logrado pesquisas que son relevantes, como la del surgimiento de los empresarios y la mentalidad empresarial, en Everett Hagen y Frank Safford. McGreevey aportó muchos datos sobre los radicales, y otros autores, como James Parsons, avanzaron un buen trecho sobre los problemas de la colonización y el orden geográfico que tomó la nación después de la etapa independentista. Pocos, sin embargo, han acudido a la historiografía política, un campo en el que han quedado los colombianos en el primer lugar, por la cercanía con los archivos, y la motivación de incidir en los debates sobre las relevancias de un lado o de otro.

El libro de Helen Delpar se convierte en una verja que debe traspasar todo viajero de la historia política referida al siglo XIX en Colombia. El reto que asumió la autora, desprovista de las pasiones arraigadas en nuestra sangre, fue el de abordar el período radical en su marcha más gloriosa, ubicar el cenit de su prolongada égida y dar cuenta de la decadencia y posterior derrumbe a finales del siglo. Diferente a Safford o a McGreevey, no se orientó sólo por los períodos económicos, ni buscó en los datos de exportación e importación, ni del comercio intrarregional, ni de las estadísticas de los secretarios de hacienda del período una razón de ser de las elites y los personajes políticos. Tampoco profundizó en las condiciones particulares de Colombia en el concier-

to internacional del comercio exterior, ni en los cortes históricos que rebanan la capa más superficial y penetran en una estructura más sólida.

El núcleo de la investigación hecha por la autora reside en la acumulación de datos acerca de los protagonistas del período radical, tanto del lado de la dirección como de los pueblos. Sólo así podría entenderse la razón de esta maraña de circuitos que a veces permiten un recorrido lineal de la corriente y a veces producen chispas en torno a la personalidad, a las ideas y a los acontecimientos.

Las guerras civiles son conocidas como los hechos relevantes que se originaron supuestamente en la Constitución de 1863, la que dio pie para la denominación del Olimpo Radical, con la que se describe el período. Estas guerras civiles, lo señala la autora, no fueron tantas ni estuvieron marcadas por la pugna partidista, porque hubo alianzas de toda índole y enfrentamientos diversos que no se determinaron por las líneas convencionales de las guerras civiles en otros países.

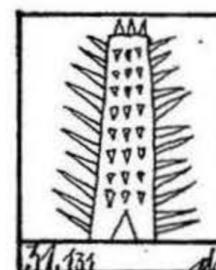
En medio de los torbellinos, algunos rasgos persisten y apelmasan la idiosincrasia propia del colombiano en la política, como es el espíritu transaccional, de buscar el justo medio, la conciliación, el acuerdo, después de enfrentamientos en los que parece haberse perdido la identidad y el respeto por la opinión ajena.

Como lo observa el prefacio de Alfonso López Michelsen, este es uno de los apuntes más lúcidos del libro y la autora lo expresa así:

Hacia el final del siglo XIX los dirigentes políticos de los dos partidos consiguieron forjar un sistema tenue pero viable de contactos que cobijó no sólo a los jefes de los partidos a todo lo largo y ancho del país sino que penetró hasta los más bajos estratos de la población. Estas vinculaciones, que se duplicaron entre los conservadores, fueron lo suficientemente fuertes para capacitar a los dos partidos en su propósito de mantener el control de un electorado ya más amplio en el siglo XX. Reafirmaron de este modo con éxito su carácter de ve-

hículos a través de los cuales las demandas del electorado podían ser satisfechas.

En contraste con esta aseveración, se puede mencionar que el colombiano ha sido uno de los personajes más insidiosos y pendencieros políticos de la historia latinoamericana, que prolonga sus conflictos hasta el presente siglo, cuando otras naciones ya los han superado y se enfrentan a otros debates en torno a la construcción del Estado, al impulso exportador o a la unidad nacional en torno a un caudillo.



En las páginas que leemos nos asalta la duda de caracterizar al colombiano como un potro salvaje de la política, porque encontramos que hay muchas luces y sombras en su historia colectiva, como lo señala López Michelsen en el prólogo. Los apuntes del expresidente son fundamentales para identificar las claves de interpretación que se presentan allí. Se aparta con decisión de la extremada distancia que Liévano Aguirre estira desde el liberalismo radical al nuñismo, en materia de organización estatal y de consolidación institucional. Más bien, señala, todos los liberales estuvieron preocupados por los problemas fiscales y del comercio exterior, de las rentas y los impuestos, como se afirma en el libro, en el que se muestra a un Murillo Toro agenciando propuestas como la del impuesto único.

La diferencia de los partidos en el origen aparece motivada por acicates ideológicos no del todo auténticos, ni acendrados, como se quiere hacer ver en autores alinderados en la concepción divisionista de la historia. Al lado del benthianismo y la influencia de Destut de Tracy, estaban caudillos no tan ilus-

trados ni abiertos como José María Obando. La desamortización de los bienes de manos muertas fue impulsada por el general Mosquera, que tuvo un papel destacado en el aislamiento de José María Córdova con respecto al núcleo bolivariano y mandó fusilar a su hermano Salvador en Cartago. A propósito de Mosquera, la autora incurre en nuestros vicios al clasificar a Mosquera en el conservatismo antes de mediados de siglo, cuando no existían los partidos, y ella es consciente de este hecho.



Las contradicciones y los contrasentidos nos acechan con mirada punzante, y nos dicen que no hay dos colores, blanco y negro, porque las matizaciones se extienden en todos los campos, los de la afinidad ideológica, los lazos familiares, los apegos y las distancias de unos personajes con otros.

Hallamos que los fundadores del partido conservador, José Eusebio Caro y Julio Arboleda, habían disputado acerca de la cuestión jesuita, porque éste último los repudiaba y el primero los ensalzaba.

Sobre el federalismo y el centralismo, no hubo tanta diferencia como se quiere hacer ver, porque Ospina Rodríguez fue tan partidario de la autonomía de los estados como Salvador Camacho Roldán o Manuel Murillo Toro.

Interesante es la demostración por la vía negativa de un reconocimiento claro de las poblaciones acerca de la separación de los partidos, cuando las elecciones proporcionaban datos que no eran tan claros y los pueblos tendían a arraigarse en creencias y mitos que persistían aunque los hechos demostraran lo contrario. Santander se convirtió en el fortín del liberalismo, y fue allí en donde los artesanos sufrieron con ma-

yor rigor los embates del librecambio promovido por los radicales. Antioquia fue el único estado que se caracterizó como conservador, acompañado a veces por Tolima, pero Berrío no fue un déspota ultramontano como pudiera creerse, opuesto a los radicales y al librecambio.

Las guerras civiles fueron cruentas, pero se exagera su número, así como la unidad de los contendientes. Sucede que Florentino González, el paladín del radicalismo, no fue estimado por Murillo Toro, y se le llegó a considerar un candidato posible del conservatismo después de 1860, cuando emigró del país y se radicó en Chile para terminar en Argentina dando la cátedra de derecho constitucional. Murillo Toro no simpatizaba con Núñez, porque lo consideraba un oportunista.

Pero en el otro escenario, el de las afinidades personales y las historias particulares, resaltaban los apoyos de un gobernante a alguien por ser hijo de quien le había abierto el camino de la educación. O de los parentescos que desempeñaron y siguen desempeñando un papel de primordial importancia en la vida de la elite colombiana. Los apellidos se repiten desde el siglo pasado y la galería de los Holguines, los Pombos, los Lleras o López continúa siendo el paisaje tradicional.

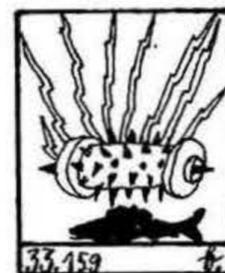
El auge del radicalismo se coloca en la famosa Constitución de Rionegro, con sus exageraciones y sus exabruptos, sostenido por individuos que ya conformaban un grupo de referencia claro, creado en torno a raigambres sociales, regionales, culturales y de visión histórica que se hicieron comunes en medio de un juego de acertijos en el que predominaban a veces las incertidumbres. El tabaco fue una base fundamental de la Constitución de Rionegro y del liberalismo a ultranza que se impuso, aunque esto no sea tan cierto en todos los órdenes de la vida social.

La caída del tabaco dio pie a la nueva orientación promovida por Núñez y el partido nacional fundado entre él y Miguel Antonio Caro. Más adelante, con la pérdida de poder y de panorama histórico de los radicales, las fuerzas que le habían dado origen seguían actuando sobre las conciencias de los dirigentes, hasta el punto de pro-

vocar las insurrecciones de finales de siglo que culminaron con la guerra de los Mil Días. Allí murió, por lo pronto, el sueño del radicalismo y se impuso la hegemonía conservadora hasta 1930.

La historia del conservatismo debe ser un complemento de este trabajo hecho por la investigadora norteamericana, que nos mostraría hasta qué punto los prohombres de esa ideología compartían de verdad pareceres y puntos de vista acerca de la marcha de la nación. O tal vez fueron sentimientos que tan pronto producían escozor hasta el punto de producir hechos de violencia, o se amainaban hasta hacer nulos los debates sobre temas aparentemente conflictivos.

En el prólogo de López, se pone énfasis en el final del texto, en el que termina el siglo XIX con la guerra de los Mil Días. Para el expresidente, el hecho más importante del final del siglo no es tanto la guerra misma como la pérdida de Panamá, con todo y el canal. La nación cambió de rumbo entonces, y comenzó la decadencia moral y política que se prolongó durante todo el siglo XX. Así fue sentido por los dirigentes de la nación, que conservadores y todo, eran antiimperialistas, lo mismo que los liberales.



Otro hecho importante es el traslado del centro económico y social del país desde el oriente santandereano al occidente encabezado por Antioquia, como lo había señalado Luis Eduardo Nieto Arteta en sus estudios sobre el café.

Con el libro *Rojos contra azules* se abre de nuevo el corazón de la nacionalidad colombiana para observar las venas abiertas de una historia que se repite, pero todavía no se conoce el sis-

tema que le ha dado vida, y menos se conocen las prescripciones para impedir los infartos y las convulsiones que nos caracterizan.

LIBARDO GONZÁLEZ

Gloria a Kraus en las alturas

Erwin Kraus, el camino de la montaña

Carlos Mauricio Vega

Diego Samper Ediciones, Santafé de Bogotá, 1996, 144 págs., ilustrado

Dedicado a recuperar el sentido que tenía el recorrer montañas para Erwin Kraus, a este libro lo integra un recuento en prosa poética de los innumerables pasos que ha dado a lo largo de su vida, ilustrado con maravillosas fotografías y una selección de sus pinturas. La publicación, de excelente calidad editorial, olvida informarnos la fecha de nacimiento del montañista, fotógrafo y pintor: Bogotá, 1911.

Como bien lo narra Carlos Mauricio Vega, periodista y también escalador, Anton Kraus, el padre de Erwin, llegó en 1895 a la capital colombiana, proveniente de Hamburgo. Buscaba a su amigo y colega de negocios Cristino Bauer. El alemán, formado como orfebre, encontró a su amigo en Bogotá, después de haberlo buscado en Panamá y Cartagena: "Pagaron la colección de joyas con la que Bauer había iniciado su almacén y emprendieron negocios de importación y exportación, fundaron haciendas y hasta sembraron un cafetal" (pág. 44).

Anton se enroló en la primera guerra mundial y, después de soportar el hambre con su familia y una bala francesa en una pierna, retornó a Colombia. En una amplia casona, el pequeño Erwin jugaba en un solar sembrado de papayos y uchucas. Un día descubrió a un niño vecino: era el futuro pintor Gonzalo Ariza, de quien sería amigo toda la vida y con quien compartiría intereses artísticos. A los ocho años tomó sus primeras fotografías con una cámara obse-

quiada por un tío. A los catorce fue alumno del pintor Ricardo Borrero Álvarez en la Escuela de Bellas Artes. Posteriormente estudió pintura en Suiza y Alemania. Fue en Suiza donde aprendió la técnica del montañismo y realizó sus primeras prácticas. Con un diploma de comercio, su experiencia como orfebre, el recuerdo de haber trajinado 62.000 kilómetros en su bicicleta y una *Edelweiss*, la "flor perenne de las montañas" que le recuerda desde entonces la hazaña de subir una pared de 800 metros en Italia, regresó a Colombia en 1935.



Al amparo de sus actividades comerciales, Kraus se dedicó a recorrer el país y se convirtió en un activo montañista y en excelente fotógrafo. Las primeras fotos las publicó en *Pan*, revista dirigida y financiada por Enrique Uribe White, para la cual también escribió relatos de sus travesías por las montañas colombianas. A partir de entonces estableció relaciones con los poetas de Piedra y Cielo (entre ellos Arturo Camacho Ramírez, llamado "el tocino peinado"), con el escultor Ramón Barba y con colegas fotógrafos y pintores, como Luis Alberto Acuña, Leo Matiz y Luis B. Ramos, entre otros.

Entre 1938 y 1944, Erwin Kraus vivió su período más activo como montañista en Colombia. Trabajaba duro todo el año en espera del buen tiempo que llegaba en enero y febrero: "Fungía de orfebre de ocho a cinco, y pintaba con luz artificial hasta las dos de la mañana, rutina que le permitió producir cerca de 1.500 óleos en toda su vida" (pág. 52). La obra pictórica de Kraus fue divulgada especialmente en los salones nacionales celebrados durante las décadas de los años cuarenta y cincuenta, justo cuando surgía el arte abstracto

como vanguardia y el paisaje sufrió una severa desvalorización. Hasta hoy, ella no ha alcanzado suficiente atención por parte de los historiadores del arte colombiano. Mejor aceptación ha tenido su obra fotográfica, revalorada en el libro de Eduardo Serrano *Historia de la fotografía en Colombia*. "¿Por qué amo la fotografía? —se preguntó Kraus—. "Se trata de la forma más inmediata de conservar una visión en el tiempo. Yo seguí sacando fotos pero como mero aficionado, como recordatorio" (pág. 140).

Para Kraus, la cámara y el pincel fueron compañeros inseparables de sus escaladas. A la primera la "dejaba hablar", porque, en su opinión, "más vale el silencio de las alturas que el charlotear inane de la hormiguilla que trepa sus flancos" (pág. 77). Con el pincel trabajaba en jornadas nocturnas, a partir de rápidos bocetos hechos en directo. En 1967 enfermó de mácula retiniana, lo que le causó una ceguera parcial que le impidió seguir con sus excursiones y su trabajo fotográfico, pero pudo continuar pintando. Fue el adiós definitivo a los humedales sabaneros, al camino del Sumapaz, a la Sierra Nevada, a los nevados del Ruiz, Huila y Tolima, a la sierra del Cocuy. En sus óleos, reinterpreta desde entonces, con un color expresionista y con un dibujo apegado a la realidad, sus sentimientos ante la montaña, el horizonte escarpado y la luz solar que baña el paisaje en distintos momentos del día, definiendo un horizonte o estableciendo cierta atmósfera. Según él mismo, "en la pintura la cosa es muy diferente. Puede uno abstraer, dejar de lado algo que no se quiera y componer realmente la pintura, que no se caiga de un lado, que sea equilibrada, que la luz sea correcta, que tenga armonía [...] mi concepto fotográfico es diferente al de la pintura. Son procesos diferentes dentro de mí" (págs. 140-141).

Sus fotos de una naturaleza que fue y ahora está amenazada, transmiten una rara e intensa calma, la misma cuya búsqueda y encuentro seguramente alentaba a Kraus en sus escaladas más difíciles. Una luz inconfundible envuelve esas montañas nevadas, esos frailejones, esos rostros y figuras recortadas contra el horizonte en fuga. Más que